



UNA JUVENIL y genuina pintora, Consuelo Orb Castellano (izquierda), y María Luisa Señoret, fogueada en la pintura, pero debutante en los secretos del grabado, conquistaron el certamen "Matte Blanco" y el Primer Premio, ex aequo, con Bernal Ponce, en pintura y grabado, respectivamente, en el Salón Oficial 1963, que se exhibe en el Museo Nacional de Bellas Artes. Ambas fueron toda una revelación en esas técnicas.

UN SALON que, marchando con los avances de las nuevas formas y los nuevos cánones artísticos no olvida el valor de sus tradiciones, es el LXXIV Salón Oficial organizado por el Instituto de Extensión de Artes Plásticas de la Universidad de Chile, que dirige el pintor Jorge Elliott.

Su elaboración es producto del trabajo del nuevo equipo de este Instituto conjuntamente con la Facultad de Bellas Artes que timonea el nuevo Decano, Carlos Pedraza, ambos, de excepcional calidad espiritual.

Sin pretender restar méritos a los pasados Salones Oficiales, este de 1963 es, sin duda, un resurgimiento desde un punto de vista oficial, tan académico en su estructura interna. Puede asegurarse, sin titubeos, que es el Salón más equilibrado de diez años a esta parte, ya que en sus muros no hay predominio de ninguna tendencia extremada. Se aúnan perfectamente armonizados, abstraccionismo y figurativismo, que un Jurado también ecuaníme, eligió sin distinción de credos estéticos, inspirado sólo en la auténtica calidad de los trabajos presentados. La elección de las obras y la distribución de

las menciones son una prueba irrefutable de este aserto.

Cuatro grandes salas del Museo de Bellas Artes, más un pasillo, cubriendo sus muros con las obras elegidas en un excelente montaje, hablan eloquentemente del arduo trabajo que cupo a su comisario, Galvarino Plaza, en ausencia del Comisario General del Salón Oficial de Artes Plásticas, Fernando Morales, y al Director del Museo, Luis Vargas Rosas, quien cooperó con eficacia a su mejor presentación.

Con esta nueva visión del Salón Oficial se premia a los exponentes más valiosos, tanto del figurativismo como del abstraccionismo, ingresando a una nueva era de la plástica nacional, al estimular los méritos genuinos de toda obra de arte, sin distinción de estilos o de escuelas.

Aparte de los valores ya consagrados, que obtuvieron los más honrosos galardones, tales como Ximena Cristi, Iván Vial, Eduardo Ossandón, Gregorio Berchenko, Juan Egenau, Carlos Donaire, Sergio Castillo y otros no menos conocidos y valiosos, este

Salón Oficial En Nuevo Estilo

Por GABY GARFIAS

Salón trae sorprendentes revelaciones como ningún anterior certamen oficial. Hortensia Peña —madre del ex Decano de Bellas Artes, Luis Oyarzún— maravilla con su encantador Vía Crucis, trabajado en esmalte sobre planchas de cobre. Otra promesa, que deleita con el candor y armonía de sus tiernas composiciones de aliento primitivo, es la juvenil pintora, Consuelo Orb Castellano. María Luisa Señoret, conocida pintora, se revela también como grabadora. Humberto Soto, que mereció un justo galardón, es uno de los nuevos valores de la escultura. Otro tanto sucede con los grabados de Eduardo Pérez, de hábil estructura, las pinturas de Luis Vidal, Ida González, Adolfo Couve, y tantos otros con innatos atributos. Y uno de los más sobresalientes de todos, el grabador, Juan Bernal Ponce, salido del taller de William Hayter y con un notable dominio de esa técnica. Tampoco debe olvidarse a Santiago Vidal, profesor de Filosofía del Pedagógico, quien debuta con dos espontáneas realizaciones.

Un Salón que marca un nuevo ciclo en la historia de los Salones Oficiales en nuestra plástica nacional.

X Ambigüedades

Dijo la semana pasada que los frutos (artísticos) presentados por Chile a la Bienal de París eran totalmente verdes... Todavía una crítica a los jurados de selección que piensan que una Bienal de los jóvenes debe usarse en rotativa para que todos suban a la rueda y se diviertan por turno. Pero la Bienal, siendo una Bienal de Arte y no un parque de atracciones, no fue concebida como lugar de recreo para todo el mundo, sino como lugar de confrontación artística, reservado a los artistas que entre 20 y 35 años hayan dado pruebas de serlo.

Que la Bienal de París, con su insólita estipulación de edades máxima y mínima, y sus invitaciones implícitas a manifestar el ardor juvenil en "obras de invenciones nuevas", se haya prestado a malentendidos, no cabe duda, "sea porque sus intenciones no hayan sido claramente expresadas o porque no fueron bien comprendidas" como dice Jean-Albert Cartier, crítico de "Combat" y uno de sus dirigentes más entusiastas. Lo esencial es que ciertas ambigüedades subsisten, pese a los esfuerzos que hace la Bienal para esclarecer sus fines y su óptica. Quiso ser única y no como tantas otras. Es una noble ambición. Quiso ser un lugar de encuentro en los planos humano y estético, un foco de juventud permanente para las juventudes que se renuevan. Hasta aquí todo es perfecto. No supo, a mi juicio, en la euforia del instante, dar a cada palabra emitida su sentido y su peso, sabiendo, como sabía, que sería tomada por oráculo. Estimulando al espíritu de invención de los jóvenes, contribuyó en amplia medida a redoblar la llama de la aspiración imposible en que ya las juventudes venían ardiendo y consumiéndose vanamente. Lo lógico hubiese sido, pienso, impulsarlas menos a la invención y más a la perseverancia. Darles y exigirles. Porque, ¿qué espíritu de invención puede iluminar la obra de un ser humano que gasta sus energías luchando a brazo partido contra la materia que no se le entrega, porque no supo hacerla suya, estrellándose contra un oficio que no ha practicado y ni siquiera aprendido? El espíritu de invención se manifiesta, y gozoso, cuando el artista y su arte, mente y mano, forman una sola pieza.

El talento sobra en este mundo. Sobran las ideas. Yo —y cualquiera— podría concebir el más bello de los libros imaginativamente. Seguir a mis personajes en sus aventuras espléndidas. Dotarlos de inteligencia para expresar sus verdades artísticas, filosóficas, psicológicas. Pero si ignoro la manera de dar a las frases su sentido y su concisión, si no conozco los recursos de la lengua, ¿cómo podría ordenar la mar de cosas que se entreveran y bullan en mi cerebro?

Es la exacta situación del artista. Aclarado por ideas, él querría fijar sobre el lienzo verdades de gran densidad, en formas fulgurantes y nuevas. Está impedido para hacerlo, porque no tiene idea exacta de cómo se imbrican las formas que traducirán sus verdades ni de cómo arrancar al pigmento los recur-

Conclusiones De la Bienal De París

Por MARIA ROSA GONZALEZ

Los infinitos que encierra, sus secretos sutiles, la sonoridad, sustituto del lenguaje hablado, con la que podría decir, exaltadamente, el misterio de la luz, las diafanidades de la sombra, la alegría o el dramatismo de un estado especial de ánimo.

Hace 15 años que, faltos de saber hablar, los artistas de las jóvenes generaciones nos dicen sus sentimientos y verdades fundamentales con balbuceos primarios. Yo comprendo en ellos la imprevisión, el engreimiento, inclusive el desvario. Se ha vivido en todos los órdenes —si exceptuamos el técnico y el científico— un período de desarreglo, de desmesura, de negación de todo sacrificio, durante el cual el aceite de las lámparas votivas no fue renovado ni se dieron fertilizantes al suelo. Todo se quiso saber sin nada aprender, como si el don de la ciencia infusa hubiera de descender en alas del Espíritu Santo. Lo que no comprendo es que la Bienal, los hombres lúcidos que le dieron cuerpo, no hayan dirigido directamente la proa a esta concentración de hielos.

La Bienal de París logrará su objeto a la larga. A fuerza de hacer virajes y desglosar conclusiones, prenden ya en algunas conciencias, deslumbradas, porque escuchan decir a Perogrullo que no se debe empezar por el fin, que se debe empezar por el comienzo, tomar su puesto en el aula y aprender en toda humildad el abecé de las cosas. Esta III Bie-

nal, más que un "banco de experiencias", se parece a un kindergarten donde, mientras unos repiten las letras con aplicación y otros —los menos pacientes— garabatean en las pizarras para ganarse el recreo, los que aguardan todavía el milagro de la ciencia por infiltración ocultan mal su despecho, rechazando a las cosas del pasado todo lo hecho hasta hoy de "nuevo" y de "fulgurante", inclusive "lo informal" que ensayaron sin éxito, para entregarse a su nuevo hobby, al cuadro-objeto, donde una escoba, una condecoración, los boletos viejos del tranvía, los papillitos de los caramelos, traducirían, dicen sus autores, o "el poder puro de la idea" o "el rencor que llevan adentro por el pesimismo que les ha tocado en herencia". Hablo del "pop-art", emanación nórdica del viejo Dadá y último reducto donde se atrincheran los cómodos y los negados para las disciplinas más serias.

Creo haber dicho cuanto la Bienal de París encierra este año, si se exceptúan las "Artes Decorativas", que ocupan grandes espacios. Es lo mejor de la muestra. Bellos trabajos de equipo que hallarán aplicación en muchos dominios de la vida moderna. El empleo de materiales que diré suntuosos —cristales, espejos, porcelanas, aluminio, o sus sustitutos en materias plásticas, que resultan igualmente agradables con la ventaja de ser más livianos— ha consentido una serie de realizaciones de belleza substancial e indiscutible buen gusto, como los cilindros en plexiglass accionados y, sobre todo, la esfera suspendida. Al lado de la pintura y de la escultura "desangeladas", estas piezas decorativas lucen como inmensas joyas. Muchas son móviles y están inspiradas en temas poéticos y musicales, aunque el grupo francés de "Búsquedas visuales" denuncie su puerilidad juvenil intentando explicarnos con conceptos filosóficos sus significados arcanos. El arte es lo que es y se juzga por sus valores concretos, no por sus intenciones.

Creo llegado el momento de sacar conclusiones, pues no hay duda de que abarcadas en su conjunto, de 1959 a la fecha, estas tres bienales han dejado algunas enseñanzas. La primera concuerda con una verdad que vengo pregonando hace rato: la pintura al óleo y la escultura son artes difícilísimas, por lo cual la maestría de ambas profesiones no está al alcance de los menores de 35 años, salvo que posean el genio; las artes decorativas, en cambio —artes de ingenio, buen gusto y aptitudes manuales— se ajustan perfectamente a las posibilidades de tal edad. La segunda enseñanza a retener va en un aforismo, y es que el artista, para ser realmente joven, debe haber vivido muchos años. Todos los grandes artistas de esta mitad de centuria han pasado la sesentena ampliamente. Basta ver una exposición de conjunto para darse cuenta de que sus personalidades, bien definidas y bien vitales, descuellan sobre las de sus menores, en los que se ve subsistir un gran margen de incertidumbres, que resta lozanía a las obras.